RICARDO DE LA VEGA

NOTABLE PARAÍSO

DIÁLOGO

Ricardo de la Vega (Argentina, 1956, en el Paraguay desde el 21 de setiembre de 1976). Poeta y narrador, es uno de los más destacados integrantes del Grupo de Poesía Ortíz Guerrero. Miembro fundador de la Sociedad de Escritores del Paraguay, fue miembro de su Comisión Directiva en varios períodos. Publicó un poemario, *Sin opciones después de la cena*, 1985. Poesías suyas fueron incluídas en varios libros del Grupo de Poesía Ortíz Guerrero. Primera Mención del Concurso de Poesía Joven, 1980 (Instituto de Cultura Hispánica); Tercer Premio en el Concurso de Poesía Joven, 1983 (Instituto Paraguayo-Alemán); Primera Mención Concurso de Poesía Joven, 1983 (Instituto de Cultura Hispánica); Segundo Premio Concurso de Poesía Joven, 1985 (Instituto de Cultura Hispánica); Segundo Premio Concurso de Cuentos, 1995 (Club Centenario).

NOTABLE PARAÍSO

Ediciones Diálogo
Cuadernos de la Piririta, 15

Director: Miguel Ángel Fernández

RICARDO DE LA VEGA

NOTABLE PARAÍSO

poemas

1985 - 1989

DIÁLOGO

© Ricardo de la Vega
© de esta edición:
Ediciones Diálogo
Asunción, 1995
Diseño Gráfico:
Miguel Ángel Fernández
Tapa: María Ughelli
Composición y armado:
Ana Caballero
Impresión: Fotosíntesis
Caballero, 1186 - Asunción
Printed in Paraguay
Impreso en Paraguay

A los míos

PRÓLOGO

En *Notable Paraíso* Ricardo de la Vega nos da un testimonio que se nutre tanto de la protesta como el padecer existencial. A través de la ironía —soterrada y ligera— y del tamiz de los versos casi siempre medidos, escapa del alegato vociferante; también de la palabra superflua. Los ingredientes de su expresión —rutina diaria, anécdota pequeña, recurrencia temporal, aluciones sin estridencias— se redimen en la espera, en la esperanza igualmente minúscula. Este movimiento en sordina de la realidad («Navega una tapita de cerveza/en tu quietud serena...») es una operación económica de su inteligencia. Dentro de este contexto, el símil busca sólo la expresión; nunca el embellecimiento sonoro:

> Los golpes se repiten,
> de nuevo el mismo sitio ocupan en tu
> alma,
> como esos muebles viejos
> que reptan por la noche buscando sus
> baldosas...

Lo mismo ocurre con la imagen, con la metáfora y el símbolo, con las repentinas y atomizadas alegorías.

Pero no nos engañemos con el tono conversacional de su palabra. El arsenal retórico del poeta está bien provisto de reactivos para transmutar el lenguaje común en síntesis poética. A veces, por ejemplo, se acumula en sus poemas cláusulas adverbiales semejantes; se hace caótica una serie de sintagmas; y se arrancan chispas y fulgores y se irisa la inspiración:

> Con el miedo,
> con ese miedo que nos mira,
> con un auto que cruza en rojo,
> con un dedo que cierra bocas
> y ojos y orejas y hasta calles,
> con un zapato azul que trae
> el río y que también nos mira
> porque todo nos mira...

Insistimos, por otro lado, en la cualidad comprimida de su palabra. Repárese, por ejemplo, en la eficacia esquelética del último verso del poema cuyo fragmento se acaba de transcribir: nos transmite una vivencia dolorosamente sentida por todos los paraguayos.

Para terminar, he aquí una muestra del humor del poeta, junto a los recursos expresivos que lo definen:

y es por eso que aquí
estamos
apuntando
tercamente a tu corazón
por si nos fallas
por si nos mienten
estamos
aquí con nuestros lápices
y cacerolas y canastos
y nuestra risa enorme
y nuestras sombras
soñando caminando hacia tu corazón
por si nos matan nuevamente.

La poesía no tiene limitaciones temáticas. Sin embargo, lo político y lo social producen con frecuencia —en vez de buena literatura— toneladas de panfletos. Ricardo de la Vega no cae en esta trampa. Aunque se acerca a la vida, su lenguaje es rico en oficio poético.

Gonzalo Zubizarreta Ugarte

PRIMERA PARTE

El mar está muy lejos,
aquí en estas calles
de colectivos llenos
que vienen y te toman
y te llevan al centro,
al corazón que espera
tal vez el fuego lento
que consuma por siempre
las barreras, los cercos;
aquí en estas calles
por las que vamos yendo
sin preguntar siquiera
si los pasos son nuestros,
si nuestros son los besos,
si este destino es nuestro.
Aquí en estas calles
el mar es un recuerdo
que repentinamente
da brillo a los espejos.

Los golpes se repiten,
de nuevo el mismo sitio ocupan en tu alma,
como esos muebles viejos
que reptan por la noche buscando sus
baldosas
(tú del lugar los cambias
y ellos, empecinadamente, vuelven).
Los golpes siempre buscan
reavivar la misma herida.

Pero hoy es domingo,
descansas y sonríes.

LA TARDE

Esta tarde que juega entre las casas,
que aparenta caer igual que siempre
con su amarillo-azul, su rojo, pasa.
Pasa dejándote en los ojos
ese temblor que se repite cuando el alma
buscando en su interior encuentra que es
sólo buscar,
buscar en vano.
Pasa la tarde confundiéndote,
parece que fue ayer,
pero es quizá el mañana,
que el hoy se repitió ya muchas veces
y que tal vez ya nunca cambie nada.
Cierras los ojos y suspiras
y en el umbral te apoyas cavilando:
—¿Habrá un viento,
un sueño, un azar
que a su merced conjugue estos momentos?
Cara a cara la miras comprendiendo
que es inútil preguntar ya que se escapa.

AGUAS SERVIDAS

Navega una tapita de cerveza
en tu quietud serena; en las orillas
golpea su pancita de metal
y gira y gira.

—Un boleto que cruza,
desdichado, doblando el esqueleto
naufraga.

Una brisa te empuja desde siempre,
pero nada sucede,
no hay rueda, sombra, paso que te inquiete;
como el asfalto, tibia, permaneces.
Acaso es tu misión estar ahí
devorando pisadas, polvo...

—¿En vano
son entonces municipalidades,
lluvias, quejas, y el rio que te llama?
Nadie responde nada, pero a veces,

de tu quietud hedionda surgen piedras
que se yerguen, extrañas, en el aire.

LA MOSCA

Sucia como los pasos del traidor,
como las billeteras,
como la mano que levanta las sábanas del
dictador,
viajas; se te ve por hoteles
y casamientos y bautismos de primera,
libre, eterna.
¡Oh tú!, Diosa de la igualdad,
que no me dejas sólo,
que empujas, sin saberlo, mis gestos hacia
el cielo,
buscándote,
que posas tus diminutas manos
en heridas y en la muerte,
tú que me guías entre el estiércol y el odio
hacia el viento,
hacia el río que espera.
¡Oh tú!
déjame que brinde por tus alas,
por tus ojos siempre abiertos,

por tu canción exacta
¡oh tú, pequeña y perseguida obrera!
déjame decirte
que anhelando el mar,
te parecemos.

Dios no está aquí cantando en nuestros
labios,
apenas nos concede al alba, la noche,
apenas nos concede esta pasión.
¿Qué hacer con estos versos
y estas música que sueña en nuestra
sangre?

La eternidad con ironía
mira el terco desvelar,
la celosa vigilia.
Y afuera el viento,
que escucha desde siempre,
va a encontrarnos
por ventanas y bares absurdos,
puros como las piedras
como el agua.
Como tú.

SEGUNDA PARTE

NOTABLE PARAISO

Todo está bien aquí,
si callas.

Es esta paz un ángel que se quema
un viento, un vaso, un árbol que se queman
y nosotros andando
hechos cenizas, humo,
caminando
entre manteles, alas,
vino que se evapora
al escuchar
que se repita la orden
de beber,
de beber y callar
hasta que duermas,
hasta que sueñes que se abren las puertas
de las calles
que nunca terminas de cruzar,
pues, pasa un colectivo,
o pasa un coche raudo y otro y otro
o te detiene el miedo
o acaso una palabra;
(a veces no terminan nunca de cruzar

las palabras...)

Nadie puede explicar cómo es que vamos
al trabajo;
cómo se encuentran allí nuestras pisadas,
cómo es que cambian nuestras huellas
en los baños y en cada picaporte.

Y en cada vidrio
que anhelamos trizar,
mas, te devuelve, irremediable, el rostro
y te vuelve el miedo
y te vuelve el viento que empujará tus
pasos a
la muerte
y te devuelve el rostro,
el vuelto, la propina del día.
Nadie puede explicar
por qué
nadie cruza estas calles.
Nadie nos cuenta tampoco desde cuándo.
Nadie quiere contarnos
por qué y en dónde
se nos mueren esos ángeles tercos
esos ángeles de la ribera
de los bares...

Esos atrevidos ángeles de la madrugada.

Es esta paz del ángel que nos quema,
que nos dibuja en llamas;
que nos envía traidores, a la cama
y nos escupe
el beso mandón
en nuestos labios;
es esta paz del ángel que nos quema,
ése: el de los brazos como ríos,
pero al revés
porque recorre
tu cuerpo, tu casa, tu jardín
y te desprende el saco
y ya te lleva al libro preferido,
y te abre la camisa
y te acaricia
y te besa
y te seca.
Es esta paz el beso permanente,
lentísimo, de fuego.

Con sus baldosas y su asfalto
que se repiten y se mezclan,
que van y vienen y que suben
y bajan dando vueltas
hasta el vientre gris de un colectivo,
de una casa, de un banco,
de una comisaría.

Con el miedo,
con ese miedo que nos mira,
con un auto que cruza en rojo,
con un dedo que cierra bocas
y ojos y orejas y hasta calles,
con un zapato azul que trae
el río y que también nos mira
porque todo nos mira
con sus cordones y sus tacos;
con sus rodillas y tranvías
y escaleras que, nunca llegan,
nunca llegan, esta ciudad
por este amor, me pertenece.

Alquien tiene la culpa;
alguien pone las cosas al revés;
alguien en las mañanas
nos revisa y nos vacía,
nos quita las palabras, el sueldo y el
saludo,
nos va cerrando bares, calles, diarios;
alguien que por la noche grita y grita
y nos ensucia día a día,
un poco más la ropa;
que no te deja hablar;
que va tallando rostros en las sobras;
rostros, almas, rios en las sombras
y que ahora nos observa corriendo las
cortinas
que nos aprieta, aprieta la corbata
hasta hacernos dormir
no más de tanto miedo.
Alguien
que

como un dios
no muere nunca.

Sin poseer tu corazón;
sin abrazar tu tierra
yo estoy aquí pisándome esta sombra.
Yo estoy aquí
pisándote las piedras y los ojos,
yo estoy aquí sin que me veas;
sin que me des el río, profundo, que te
nombra
yo estoy aquí con mis papeles
por doblar una esquina
sin aplacar al viento,
yo estoy aquí
por-entre espejos y ventanas
esperando.

AL QUE ESCAPA

El viento te protege
la noche te protege
las hojas y las callas
te quitan de la muerte

las balas que olfatean
tus pies tus pasos quedan
perdidas señalando
alguna quieta estrella

no pueden encontrarte
no pueden atraparte
tal vez porque ya eres
muy amigo del aire

tal vez porque ya tienes
también ahí en las puertas
una amiga una cómplice
que por tí no las cierra

tal vez porque el silencio
ordena que en sus juegos
los niños y los duendes
te cubran con su velo.

Tal vez porque tus alas
azules también vayan
contándole a las tardes
que aún vive la esperanza.

ALFREDO,
EL DE LOS SUEÑOS PESADOS

Alguien me lleva por el río, guarda
un pescadito verde y otros azul
en el bolsillo y los suelta en medio de mi
vientre:
devoran el ombligo, una muñeca
que me tragué apurado, un par de trenzas
y a todos, todos mis muertos. Navegan
hasta el último trago, hasta incendiar
mis medias, mis corbatas y mis dientes,
hasta abordar mi corazón y ríen
al cambiar el color de los tránvías,
al cantar en mi oreja, al invadir
la calle.

Alguien me lleva por el río
pero ya no lo veo, solamente
lo sueño y me da vueltas y en el fondo
dibuja la luna que robé
a las ventanas de tu casa, porque yo
era aquel que ladraba por la noche;

pero ya nada importa y giro
por encontrar las piedras y poder
así tapiar los ojos que me crecen,
los peces que me crecen y que ahora
buscan
sedientos en el traje y en los huesos
con sus voces enormes, con sus bocas
que buscándose buscan y me arrastran
y a empujones se topan con el alba.

Ante el cierre de Radio Ñandutí

Alguien se calla y tú te elevas, creces,
hasta alcanzar tu propia cola
y comenzar el círculo de fuego,
ese que tú alimentas y te nombré;
aquí alguien se calla y bien lo sabe,
sientes la voz hurgándole en el pecho
y en la sangre;
sientes cómo calla,
cómo cede,
cómo empieza a morir y cómo creces
hasta alcanzar, repito, esas alturas,
esas que tú adivinas y que te poseen
aquí en la tierra para siempre
porque te dejan solo, como nunca,
viejo, porque te dejan cerca de la muerte.

El 31 de octubre del 86 fue
reprimida una manifestación
de enfermeras y
médicos del hospital de
Clínicas, a una cuadra del
Palacio Legislativo.

Como ese ciego que tanteando el rostro,
el rastro, el cuerpo, el alma de la que ama,
busca su propio ser, su propio sino:
así también los golpes en la calle
van en pos de cabezas, piernas, hombros,
donde el dolor y el grito le devuelvan
esa certeza que la sangre niega,
que la sangre les niega tercamente
a cada golpe, grito, a cada herida;
porque los golpes van como si fueran
esos ciegos que cruzan una calle
con el terror a cuestas y esperando
a que todo termine en la vereda,
esa que tarda tanto, como un sueño

que se quiere soñar y que se niega;
y así tanteando el aire, el suelo, el viento
los golpes van soñando tras un cuerpo
que escapa, sueña, corre, por la calle.
Los golpes van soñando como un ciego
que se deja caer y que bien sabe
que ha de llegarle el día, solo, por el aire.

AL CAPITAN ORTIGOZA

En el día de su cumpleaños, 1987

Déjales con sus discursos y sus calles;
déjales que beban y griten hasta hartarse.
Déjales todo y vámonos.
Ya no te quedan dientes para morder el
polvo;
tus manos son dos rosas heridas en el aire.
Vámonos a respirar un poco
y a fumar junto al río;
piensa que la mañana está esperando
sobre las piedras desde siempre:
toma una, caliente como un corazón,
como un verso que espera, espera
y guárdala.
No enciendas la radio a las ocho y media
de la noche,
no lleves la radio
déjales:
el río cambia los colores

el río es una voz cambiando los colores
el rojo allá es azul, es verde, es blanco
Déjales.
Que nada te haga daño
que nadie nunca más te toque un pelo,
descansa.
Ellos son dueños del olvido
de la tierra y la lluvia
—por ahora.

¿FINAL FELIZ?

A UN GENERAL TRIUNFANTE

Aquí entre los escombros
aquí en los colectivos
y en los bares
y en las plazas
y en las calles gritando
aquí en la orilla de este río caliente que nos
pertenece
aquí teniendo hijos
aquí entre los colores oscuros
aquí en medio del verano
estamos todos apuntando a tu corazón
porque en verdad tú fuiste el que a balazos
nos quitaste la bota
el pie
la próstata de encima
verdad que nos libraste de ese diente feroz
de esa mano puntual cobrando los peajes
de ese labio quemante y que crecía
de ese beso terrible

y de todos los días
ese que nos callaba hasta el aliento
verdad que con valor regaste la ciudad de
balas
pero nuestra era la sangre
y nuestro el vino de tus festejos y del
triunfo
y es por eso que aquí
estamos
apuntando
tercamente a tu corazón
por si nos fallas
por si nos mienten
estamos
aquí con nuestros lápices
y cacerolas y canastos
y nuestras sombras
soñando caminando hacia tu corazón
por si nos matan nuevamente.

DECIMOQUINTO CUADERNO DE LA PIRIRITA

Este cuaderno se terminó de imprimir el 24 de octubre de 1995 en los talleres de Fotosíntesis, Asunción, Paraguay.
La tirada consta de 500 ejemplares.

EDICIONES DIÁLOGO
Calle Brasil, 1391
Asunción, Paraguay